

# Confianza en el País

Al acercarse el año nuevo todos nos formulamos recíprocamente augurios de felicidad. Deseos simpáticos, pero superficiales, sinceros pero tenues, que llevan tras sí algo de buena voluntad, pero nada que atañe específicamente al destinatario. Sin embargo, ¿qué le vamos a hacer? No se pretenderá que dediquemos nuestro tiempo a concebir el augurio justo para cada uno. Que tengamos el discernimiento de desearle a Juan esa pizca de firmeza que le falta, y a Pedro que dulcifique su carácter, excesivamente hosco últimamente, y a Diego... A todos algo factible, —si no, ¿cómo podrían ser auténticamente sinceros nuestros votos?— que no dependiera excesivamente de la buena suerte y capaz de cambiar radicalmente su destino.

No, claramente, no tenemos ni tiempo ni inclinación para librnos a este ejercicio, respecto de Juan, de Pedro ni de Diego. Pero sí lo hacemos, incesantemente, respecto de nuestro país. ¿Qué le pasa al Uruguay? Mejor aún, a esta tierra que parece tenerlo todo, ¿qué le falta? ¿por qué la promesa que sin duda representó permanece incumplida, y hasta más distante que años atrás? ¿Qué podríamos augurarle a nuestra patria, para que en 1978 la viésemos firmemente encaminada hacia el destino de pequeño gran país que otrora, en la opinión del mundo entero, parecía estarle reservado?

La pregunta no nos da paz. Por la calle, en los medios de transporte, en los lugares de recreo, en los establecimientos de enseñanza. Escrutando los rostros, analizando los comportamientos, escuchando las palabras. Aquí y en el exterior. Comparando. Revisando la historia. Inquiriendo siempre: ¿por qué con este material humano excelente, cuyos logros fueron tan señalados, los uruguayos hemos terminado por hacer un país económicamente estancado, institucionalmente en crisis, embretado en estructuras extravagantes, agobiado bajo la burocracia, flagelado por la ineficiencia?

¿Qué debemos augurarle al país? De las cosas que podríamos lograr, si supiéramos dónde poner la mira, y tuviésemos la energía y el valor necesarios, ¿a qué deberíamos aspirar?

Y, a fuerza de cavilaciones, creemos haber encontrado la respuesta. Lo que nos falta es confianza. Fe en nosotros mismos. La tuvimos en grado excelso. En cierto momento la perdimos. Que no demoremos demasiado en reconquistarla es nuestro deseo en estas Navidades.

Confianza en el país. Confianza, ante todo del gobierno en los gobernados. Eso falta, sin lugar a dudas; es una carencia que rompe los ojos. El gobierno sabe qué debe hacer. Reducir el dirigismo paternalista, contraer el papel del Estado en la vida económica, abrir la economía, aceptar la competencia del exterior. Lo dijo en San Miguel. Ahora, en Solís, acaba de ratificarlo. Pero el tiempo pasa y, al borde del río que se sabe es preciso atravesar, el gobierno refrena su cabalgadura.

¿Qué ocurre? Que la política certeramente diseñada está concebida para adultos inteligentes. La clase de hombres y mujeres que hizo la gloria de Occidente. Que compatibilizó la libertad y el orden gracias al derecho, y plasmó la prosperidad general valiéndose de la espontaneidad histórica, de la creatividad incomparable del individuo anónimo, del hombre libre. Pero, ¿si los uruguayos no fuéramos así? ¿Si fuésemos cínicos, distintos, singulares? ¿Si una mezcla de perversidad y de ceguera, de egoísmo y de tontería, nos caracterizara? ¿Si los modelos probados una y mil veces en todas partes, no se nos aplicaran? ¿Si sólo el estatismo y la rigurosa regimentación de la vida permitiesen evitar la catástrofe? ¿Si...? Algunas interrogantes de este tipo tienen que estar interponiéndose, en un nivel más o menos consciente, entre el programa que el gobierno mismo se ha trazado y su ejecución.

Nosotros, en cambio, tenemos una imagen clarísima de lo que acontecería si ese camino se recorriese. El país nos hace acordar a Gulliver. Cuando éste volvió en sí en el País de los Enanos, notó con sorpresa que no podía moverse. Su parálisis le sorprendió, porque sentía que sus músculos conservaban el juvenil vigor de siempre. Luego advirtió que los diminutos pobladores de aquella tierra habían logrado asegurarle al suelo, con una multitud de pequeñas ligaduras. Así vemos nosotros al Uruguay. Mil lazos de burocracia, de distorsión dirigista, de regimentación agobiante, de proteccionismo exorbitante, de estatismo dispendioso, han logrado maniatarlo. Si cortáramos de pronto esas ataduras, veríamos una figura joven y fuerte erguirse sin tardanza y emprender la marcha con la prestancia que ya en otro tiempo el mundo le había admirado. ¡Milagro! ¡Maravilla! Las exclamaciones de sorpresa brotarían por doquier. Nosotros no nos asombraríamos. Sabríamos perfectamente que lo único maravilloso en toda la historia habría sido mantener en la postración, durante tanto tiempo, a un país como el nuestro.